

Pero repetía con él: «Hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe...»

Aunque lo intentaba olvidar para que no me hiriera tanto con su pan al hombro.

Y fue imposible que no me taladrara de sobaco a sobaco con su telemetría de indio y mártir.

Al llegar la primavera con sus cales y macedonias continuó sobre la mesa abierto como un misal en volandas.

Me acostumbré a su son de nido en entraña: permanece —cuerda y timbal—, no tiene lado ni vacío.

Por eso sé en qué pico del ánimo lo llevo sosteniendo su espíritu y dónde lo encuentro trasteando con la lengua,

cada vez que llueve y no tengo el paraguas de cogijar la tristura.

Entonces se acerca tiritando y huérfano, apretando sus poemas con un alicate.

Es cuestión de nombrarlo, de decir César Vallejo, para que se configure un alivio en la enfermedad de Dios.

Manuel Ríos Ruiz

Ante Vallejo

Parecen las palabras entidades morales
 cuando cruzan el texto
 con ese aire de calle en tarde de domingo.
 Parece que están solas pero están más que solas
 Hay en ellas un hueco por donde se va el mundo
 hacia los otros mundos,
 y en un espacio negro detrás de las palabras
 se hace la luz y gime el horizonte.
 Tras un dolor oscuro que penetra en el verso
 surge la muerte como un jueves
 y en el momento que la dices ocurre
 desparramándose en la página.
 Cuando la nombras vive muerta,
 cuando la vives muere el nombre
 con el que siempre fue reconocida.
 Renace la emoción y es el lenguaje.

José Ramón Ripoll